

El mozo que figura en este novelesco episodio, se llamaba Francisco Hernández, era muy antiguo en el servicio de la familia Díaz, en Oaxaca, y era un hombre leal, de gran corazón y muy adicto á Don Porfirio.

Él fué quien ayudó eficazmente en los preparativos de la fuga, sin saber que el mismo General Díaz era el que iba á fugarse, pues Don Porfirio, rompiendo una de sus tarjetas y dando la mitad á Hernández, le había dicho:

—El que se ha de fugar, es un amigo que yo estimo, y te ha de entregar como contraseña, la otra mitad de esta tarjeta, para que tú le entregues las armas y caballos.

Grata fué la sorpresa de Hernández, cuando, á la hora convenida, vió llegar á su amo, en vez de la persona que esperaba.

El precavido General Díaz, nunca dudó de la lealtad de su sirviente, pero temió que si éste se enteraba de que él mismo era quien debía evadirse, por exceso de celo cometiese alguna imprudencia.



SU TERCERA CAMPAÑA.

CONTRA LA INTERVENCIÓN.



L Imperio había puesto á precio la cabeza de Porfirio Díaz, que al recobrar la libertad, emprendió, con 14 jinetes, su tercera campaña contra los invasores de la Patria.*

Mientras el Conde Thun, al enterarse de la fuga, ofrecía mil pesos por la reaprehensión del ilustre fugitivo, éste llegaba sano y salvo al rancho de García, ya en el Estado de Guerrero.

«García tenía un sistema de avisos (sus vigías tocaban un bombo, cuyo sonido se oía á larga distancia), que le ponía á cubierto de toda

* «Un sello de tinta.—Juzgado Municipal de Acatzingo.—Acatzingo, Septiembre 21 de 1865.—El Sr. Secretario de la Prefectura política del Departamento, por parte telegráfico recibido hoy, me dice lo que copio: El Comandante Superior ofrece mil pesos por la reaprehensión del Gral. Porfirio Díaz, que se ha fugado hoy de esta ciudad, por lo que, de orden superior, prevengo á Ud. proceda á la reaprehensión por medio de los agentes de esa oficina, y que lo avise al Sr. Comandante Carrasco, con el mismo objeto. Y lo transcribo á Ud. para su conocimiento y que dé aviso al Sr. Carrasco, protestándole con tal motivo, mi consideración y respeto.—El Alcalde Municipal, *J. de J. Machorro*.—Sr. Subprefecto del Distrito de Tepeaca.—Al margen.—Septiembre 21 de 1865.—Recomiéndase al Comandante Carrasco y al Subprefecto de Tepeji, la reaprehensión de que se trata, y dígase así en respuesta.—Rúbrica.»

«Minuta.—Septiembre 21 de 1865.—Habiéndose fugado de la capital del Departamento, el Gral. Porfirio Díaz, según me participa la Prefectura políti-

sorpesa, y con ese motivo permanecimos allí desde el mediodía, que fué la hora en que yo llegué, hasta el siguiente, á las siete de la mañana. . . . Durante la noche, vinieron á cumplimentarme más de diez municipalidades de los pueblos de los alrededores, que aunque aparentemente obedecían á las autoridades imperialistas, simpatizaban con la causa de la Independencia.

«Á las siete de la mañana del día 22 de Septiembre, emprendimos la marcha el Coronel García, un asistente, un clarín, yo, mi criado y mi guía.

«Previamente había citado García á los hombres de su guerrilla para un paraje despoblado en el camino de Tehuizingo, uno de los pueblos del Estado de Puebla, limítrofe con Guerrero, en el cual había unos 25 infantes de guardia civil imperialista.

«Cuando llegamos al lugar de cita, apenas éramos 14 hombres, montados todos y armados con pistolas de repetición y sables; muy pocos, no llegarían á 8, con carabinas. . . .

«Hicimos algún rodeo para entrar á Tehuizingo, por la parte más deprimida del terreno y mejor arbolada, y una vez allí, nos dividimos en dos fracciones, que debían caer simultáneamente á la plaza donde estaba la guardia. La sorprendimos sin resistencia y sin efusión de sangre; nos hicimos de todas sus armas y municiones, y reclutamos en el pueblo muchos voluntarios que se nos presentaron, no con malos caballos, pero sí con pésimos aperos, y la mayor parte sin armas. Los armamos con los fusiles quitados á los guardias civiles, y así formamos, al anochecer, cuarenta hombres. . . .

«Así comencé mi tercera campaña contra la Intervención extranjera; la falta de recursos, y la pobreza de los lugares por donde ex-

ca, el señor Comandante Superior ofrece mil pesos por la reaprehensión de dicho General. En consecuencia, esta Subprefectura le previene á Ud., que por medio de los agentes de esa oficina de su cargo, procure recomendar, DE LA MANERA MÁS EFICAZ, la reaprehensión de que se trata. Lo que comunico á Ud. para su cumplimiento.—El Subprefecto de Tepeji.—Igual al Comandante Carrasco.—Ya se libran por esta oficina las órdenes respectivas á quienes corresponde, para que, con la mayor eficacia, se procure la reaprehensión del General D. Porfirio Díaz, que hoy se ha fugado de la capital del Departamento.—Dígolo á Ud. en respuesta á su oficio relativo de esta fecha, recomendándole que en esa demarcación de su mando, con toda eficacia se cumpla la orden superior que por la Superioridad se le ha comunicado sobre el particular.—El Subprefecto.—Señor Alcalde Municipal de Acatzingo.

pedicionaba, no me permitieron, por más de un año, avanzar gran cosa.» (Memorias).

Al anochecer del día 23 de Septiembre, y al salir de Piaxtla, encuentra el Gral Díaz al Coronel Carpintero, á cuyo Escuadrón ataca con sus 40 hombres.

Derrotado el Escuadrón de Carpintero, y perseguido por más de cinco kilómetros en un camino formado por altas cercas, abandona á los vencedores casi todas sus armas y sesenta caballos.

En Tlapa se le incorpora el Teniente Coronel Don Juan José Cano, con 78 hombres, y poco después se le incorpora en Tepetlapa el guerrillero Don Tomás Sánchez, con 30 caballos.

Un recio temporal obligó al General Díaz á permanecer cuatro días en Tepetlapa, en tanto que, por orden de Bazaine, habían salido á perseguirle dos secciones de tropas, una de las cuales, mandada por Visoso, y compuesta de 300 infantes y 50 caballos, se encontraba ya en Tulcingo.

«Antes de que amaneciera, emprendí mi marcha para Tulcingo, y ya muy cerca del pueblo, en que había una colina de por medio, encontré á un hombre que venía con el pretexto de traer pan á Tepetlapa, pueblo donde hay muchos panaderos.

«Me pareció desde luego inverosímil ese comercio, y comprendí que era un explorador de Visoso. En efecto, después de amenazarle, me confesó que era explorador, y me dió algunas noticias importantes, entre otras, que la tropa enemiga estaba limpiando sus armas.

«Después de un ataque de sorpresa, combinado y muy rápido sobre el atrio y el templo, que era el lugar donde el enemigo se encontraba acuartelado, logré rendirlo, no obstante que hizo mucha resistencia hasta los últimos momentos, ocasionándole pérdidas de consideración, pues recogí cuarenta muertos del campo de acción. Visoso había huído con sus cincuenta caballos, dejando en mi poder toda la infantería con sus armas, sus útiles de banda y tres mil y tantos pesos en oro, que tenía en su pagaduría.

«Como era natural, entre la clase de gente que yo había reclutado, habían encontrado dueño los tres mil pesos, suponiendo que eran legal botín. Tuve gran dificultad para convencerlos de que eso no debía entenderse así. Entonces nombré pagador al Lic. D. Manuel Guerrero, que se me había incorporado en Piaxtla, y allí comencé mi contabilidad de toda esa campaña, que se cerró después de ocupar la Capital de la República.

«Al día siguiente organicé á los prisioneros, formando dos Com-

pañías, que pomposamente llamábamos batallones, dando á mandar una al Mayor Don Juan José Cano, que era un oficial de los que se nos habían incorporado en Tecomatlán, y la otra, al entonces Teniente y hoy General Don Mucio P. Martínez.*

«Con mi fuerza aumentada así, emprendí la marcha para Tlapa, del Estado de Guerrero, y en esa travesía se me incorporó el Coronel Don José Segura y Guzmán, procedente de la Mixteca, que al rumor de mi aparición por ese rumbo, venía con algunos hombres montados y armados.

«No contando con recursos suficientes para hacer una campaña fructuosa, y teniendo que operar en el Estado de Guerrero, que correspondía á la división militar del Gral. D. Juan Álvarez, me determiné á ir á la hacienda de «La Providencia,» en donde tenía su casa y Cuartel general, con objeto de discutir con él algún plan regular de campaña y recibir algunos elementos de guerra, si estaba en situación de facilitármelos. Vivía el General Álvarez con mucha pobreza, y todo lo que conseguí fueron doscientos fusiles de percusión con sus respectivas municiones, y órdenes para las autoridades del Estado de Guerrero, de donde era Gobernador su hijo Don Diego, para que me proporcionara víveres, que me comprometí á colectar con equidad en todos los pueblos que estuvieran á mi alcance.

«La acogida que en «La Providencia» me dispensó el General D. Juan Álvarez, fué bastante benévola y cordial, y al principio también la de su hijo D. Diego. Por desgracia, la protección que allí encontré fué infinitamente menor de la que yo esperaba; sin embargo, la autorización para colectar víveres en los pueblos del Estado, era una buena base á falta de mejores recursos.

«Se me incorporó en «La Providencia» el Gral. D. Francisco Leyva, que no teniendo elementos con que seguir haciendo la campaña, se había replegado á vivir con el General Álvarez. Leyva tenía diez ó doce oficiales, entre los cuales estaba el Teniente Coronel de Infantería, D. Manuel Travesí, á quien nombré desde luego mi secretario, y di lugar en mi Estado Mayor al Coronel D. José María Pérez Milicua, al Teniente Coronel de Caballería D. Martín Rivera, al Teniente Coronel de Infantería D. Manuel Aburto y á los Tenientes de Infantería D. José María Ramírez Pizarro y D. Miguel Marín. También se me

* Al terminar la campaña y ocupar la plaza de México, el General Díaz entregó al Gobierno más de \$300,000.00; tal fué el resultado de aquella contabilidad iniciada en Tulcingo.

incorporó un grupo como de 20 de la Guardia Nacional de Oaxaca, que á la fecha de la ocupación de aquella ciudad se encontraban en algunas comisiones del servicio de la Mixteca, y para no someterse al enemigo, se replegaron al Estado de Guerrero y estaban con el General Álvarez. La mayor parte de éstos eran sargentos y cabos.

«Con el auxilio del personal y el material que saqué de «La Providencia,» regresaba á Tlapa, donde había dejado mi fuerza. Al llegar á Tixtla supe que un jefe austriaco, el Duque de Bernard, con 700 infantes austriacos y una fuerza de traidores, de 300 hombres, mandados por Visoso, y seis piezas rayadas de montaña, había ocupado á Tlapa, y que el Coronel Segura, con mis fuerzas, ocupaba un cerro muy defendible á la vista de la población. Entonces el General Jiménez, que mandaba en Tixtla, puso á mi disposición, por orden del General Álvarez, expedida á solicitud mía, un pequeño batallón de Guardia Nacional de Chilapa, que constaba de 200 hombres. Con ese batallón emprendí la marcha por los pueblos de la montaña, entrando por Hueyencantenango, y levantándolos en són de guerra, aunque no puedo decir en armas, porque no las tenían, logré poner en acción grandes grupos de indios que marchaban de montaña en montaña, paralelamente con mi fuerza armada, que constaba de 200 hombres y el pelotón de cabos y sargentos oaxaqueños, hasta salir por la espalda á mis soldados, que á las órdenes del Coronel Segura, cual he dicho, ocupaban un cerro á la vista de Tlapa.

«Como el Duque de Bernard vió aparecer súbitamente, por las crestas que forman la cordillera, al Sur de Tlapa, masas de hombres, cada una con una música de instrumentos metálicos (las músicas de los pueblos), debió suponer que los que así se presentaban, no debían ir desarmados; y sin duda, considerando su número, juzgó prudente retirarse y abandonó á Tlapa. Despedí en seguida á los patriotas indios, dándoles las gracias, y devolví al General Jiménez el batallón de Chilapa, porque no tenía con qué mantenerlo, y él me lo pedía con apremio, pues el enemigo amagaba por Iguala.

«El jefe austriaco tomó el camino de Chila de la Sal y se acampó á la margen derecha del río, y yo tras él, lo hice á la izquierda.

«Así permanecimos á la vista algunos días, hasta que la fuerza austriaca regresó á Atlixco, dejándome al frente á Visoso, con unos 300 hombres, más ó menos.» (Memorias).

Mientras el Duque de Bernard estuvo acampado á la margen del río, el General Díaz le hostilizó como le fué posible.

Aprovechando la obscuridad de la noche y acompañado por un

oficial, á quien llamaban Juan *Chico*, pasaba el río á nado, llevando sus armas sostenidas fuera del agua con una mano y nadando con la otra, para ir á emboscarse entre el follaje y tirotear de cerca el campamento enemigo.

Sorprendidos por aquellos nocturnos tiroteos, en medio de su sueño, las tropas de Bernard despertaban azoradas, se ponían sobre las armas y solían pasar en vela el resto de la noche, por temor á una sorpresa.

Lo que el General Díaz se proponía con ésto, era desvelar á los soldados austriacos.

Les enviaba, además, durante el día, indios de la comarca, que les vendían grandes cantidades de plátanos.

Hay en aquellos pueblos la creencia, tal vez justificada, de que las personas que se desvelan, y las que comen dicha fruta, contraen más fácilmente el paludismo y las fiebres perniciosas, tan temibles en aquellas regiones tropicales.

«Se me informó de algún amago de tropas procedentes de Oaxaca, y con ese motivo regresé á Tlapa. Entonces Visoso se atrevió á pasar el citado río, que antes nos dividiera, y permaneció en el pueblo de Chila.

«Tuve una fiebre palúdica, que no duró más de dos á tres días; pero como recibí noticia de que al jefe enemigo le daban aviso de mis males, y supe que él, basándose en ellos, por creerlos graves, se atrevía á avanzar; después de sentirme aliviado, fingí estar más y más enfermo; y tal como lo esperaba, á virtud de ese ardid, se aproximó á una distancia de seis ó siete leguas, hasta llegar al pueblo de Tepetlapa, en donde yo podía, forzando la marcha en una noche, darle un golpe al amanecer, que era probablemente lo mismo que él intentaba respecto de mí.

«Así lo hice, y el 3 de Diciembre, en la noche, sin dar ningún toque, y de la manera más sigilosa, levanté y organicé mis fuerzas y emprendí mi marcha, con la cautela necesaria, hacia el pueblo dicho, cuyas entradas y caminos conocía muy bien; mas al llegar al lugar, supe que Visoso había marchado á las nueve de la noche para Comitlipa, que no está muy lejos.

«Todavía faltaba mucho para que amaneciera, y seguí sin dilación alguna. Al llegar, en la madrugada del 4 de Diciembre de 1865, á un lugar del camino, desde donde se descubre el pueblo, vi en un pequeño cerro que está casi á tiro de pistola de la plaza, una gran fogata, y comprendí que allí había un puesto de observación; y como

aún no amanecía, no podía yo ser visto por los hombres que lo formaban. En un reconocimiento que practiqué, con dos ó tres ayudantes, dejando toda mi fuerza en el camino, pude comprender que el enemigo no tenía ninguna avanzada por el lado donde yo iba, y que sólo ocupaba el centro del pueblo, esto es, la plaza, la casa municipal y la colina á que he aludido.

«Bajé entonces mi infantería de la alta planicie por la que el camino pasa, la oculté en unos espesos carrizales y arboleda que había á muy corta distancia de las primeras casas, y la dejé allí, á las órdenes del capitán D. José Guillermo Carbó, una parte, y la otra, á las órdenes del Teniente Coronel D. Juan José Cano. Hecho ésto, volví al punto elevado del camino, en donde había quedado mi caballería; esperé á que amaneciera, y cuando hubo luz, emprendí la marcha con ella, haciéndome visible sobre el relieve del terreno. Entonces vi perfectamente que bajó un hombre corriendo de la colina, sin duda á dar aviso á Visoso. Creí que éste saldría á mi encuentro, pero no sucedió tal, y tuve que llegar hasta la plaza á tirotearle, para que saliera á perseguirme, pues hice oportunamente una falsa retirada.

«Como los del cerro habían podido ver y hasta contar la fuerza de caballería que yo traía, y que apenas llegaría á cien hombres, Visoso se animó y salió briosamente tras de mí. Cuando hubo rebasado el carrizal, le rompieron los fuegos el Capitán Carbó y Teniente Coronel Cano, cortándole el primero el camino y batiéndolo el otro por un costado, en los momentos en que yo, con la caballería, volvía caras y le cargaba rudamente por la llanura de su izquierda, adonde corría su gente en desorden, al sentir los fuegos á quema ropa que salían del carrizal.

«Fué completamente derrotado Visoso, y huyó con sólo unos veinte ó treinta jinetes, dejando 81 muertos, entre los cuales había tres oficiales, y prisionera á casi toda su infantería, que me sirvió para formar, con el piquete de cabos y sargentos oaxaqueños que había encontrado en «La Providencia,» el batallón «Fieles de Oaxaca,» cuyo mando tomó desde luego el capitán D. José Guillermo Carbó, á quien ascendí á Mayor, por sus servicios y con ese especial objeto.

«Por mi parte tuve 11 muertos, entre los cuales estaba el Teniente Coronel D. Tomás Sánchez, y 9 heridos, entre los que se contaba el capitán D. Bonifacio Valle, que lo había sido también en el encuentro de Tulcingo y cuya anterior herida aún no estaba cicatrizada.

«Volví á Tlapa, donde permanecí algunas semanas, sin que ocurriera acontecimiento notable, aprovechando la calma para instruir

y organizar mi pequeña fuerza. En busca de recursos y hombres, emprendí una marcha para el Estado de Oaxaca, penetrando por el Distrito de Silacayoapan. Las pequeñas guarniciones que había en aquellos pueblos, se retiraban al tener conocimiento de mi arribo al pueblo de Silacayoapan, cabecera del Distrito de su nombre, porque conocían que todos esos pueblos simpatizaban con la causa nacional, y yo lo ocupé el 13 de Diciembre de 1865.

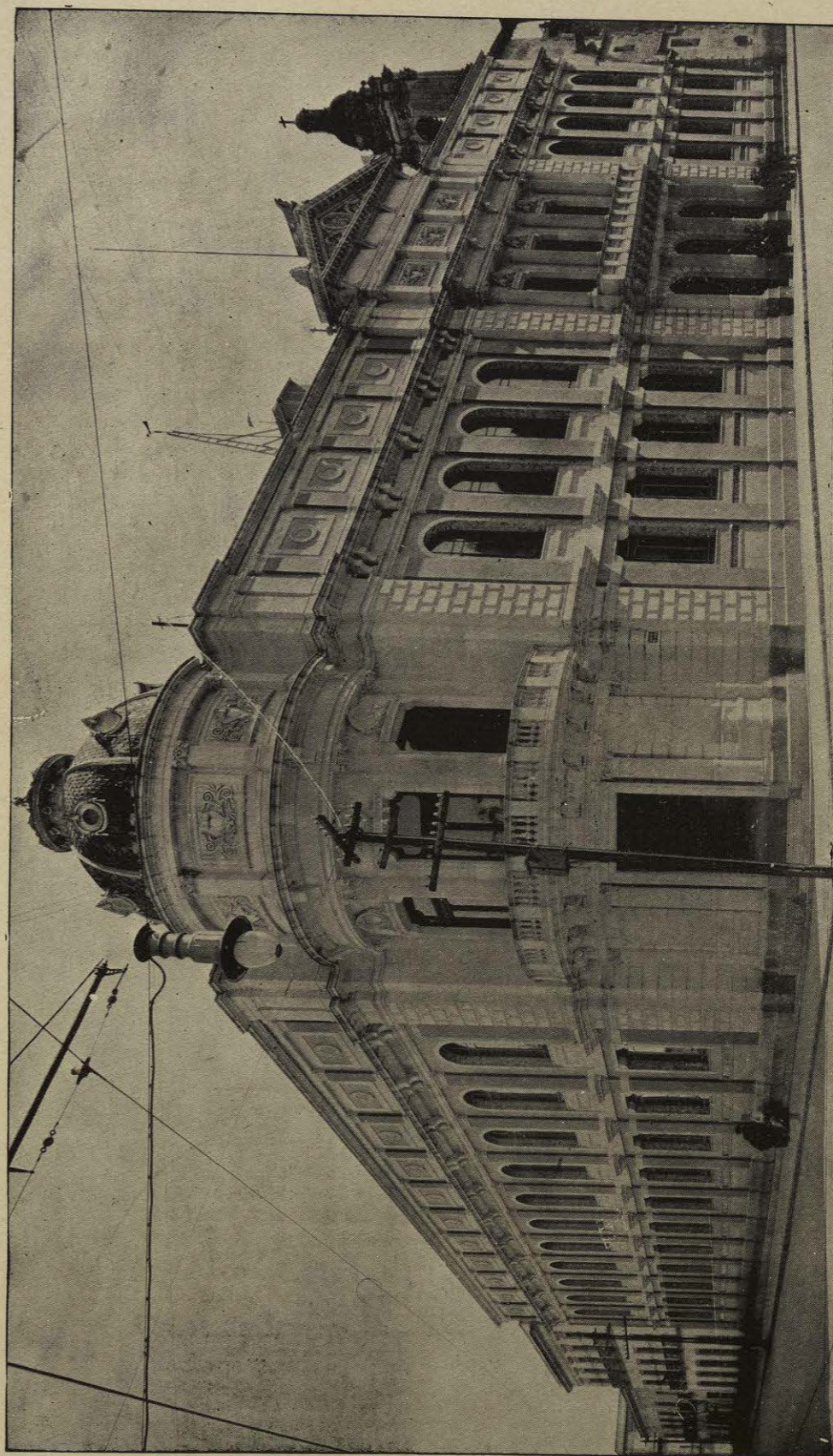
«Expedí algunos decretos sobre administración, y pasé en seguida, con intención de sorprender á Tlaxiaco, que estaba defendido por el General Trujeque. Después de algunos pequeños combates, ocasionados por varias salidas que éste hizo, se resolvió á abandonar la plaza, y la ocupé el 22 de Diciembre, persiguiéndolo en su retirada para Teposcolula, hasta el pueblo de Santiago Yolomecal, en donde abandoné la persecución, por juzgar impropio mi avance, habiendo regresado al mismo Tlapa, que había sido mi punto de partida.

«Al saberse en Oaxaca mi aproximación, mandaron fuerzas superiores sobre las mías, mas yo me encontraba ya en camino para la costa.

«Sabiendo en los primeros días de Enero de 1866, que en Silacayoapan, lugar importante, había una fuerte guarnición austriaca, con el fin de hacerla abandonar aquel pueblo, amagué á Tlaxiaco, logré mi objeto, y así ocupé al citado Silacayoapan. Luego volví nuevamente sobre Tlaxiaco, tiroteando á su guarnición dos días, el 5 y 6 de Enero, procurando dar lugar á que saliera á batirme á campo raso, adonde la atraía, haciendo falsas retiradas, después de entrar con mi caballería á las calles del pueblo, que estaba fortificado; mas no logré mi objeto, y como supe que venían refuerzos considerables, y que estaban ya á cinco leguas de Tlaxiaco, tuve que retirarme un tanto de aquel pueblo, sin dejar de tenerlo en jaque. El 28 del mismo Enero rechacé una partida de traidores, que asaltó á Silacayoapan, muriendo su jefe.

«Hice otros movimientos que no fueron de trascendencia, á causa de los pocos elementos de que podía disponer, comparados con los del enemigo, que los aumentaba, escarmentado con los triunfos que sobre él había obtenido.

«La guarnición de Tlaxiaco fué reforzada con 400 traidores y 100 austriacos; pero aun así, no se decidían á perseguirme. Como quiera que fuese, ya se concentraba gran número de tropas en Oaxaca, con el fin de anonadarme al peso de su masa.» (Memorias).



Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.